

que se decía ser Crysa, la isla del oro; y cuando en 14 de Noviembre de 1492 costaba la isla de Cuba, que consideraba como una parte del continente del Asia oriental (Cabay), escribió en su diario: «A juzgar por el fuertísimo calor que siento, es preciso que el país sea rico en oro.» Así es como falsas analogías hicieron olvidar lo que la antigüedad clásica había referido de los tesoros metálicos de Maságetes y de Armaspes al extremo Norte de Europa; digo de Europa, <sup>1</sup> porque el país llano y desierto del Asia septentrional, la Siberia de hoy, se consideraba con sus bosques de pinos, como la monótona continuación de las llanuras de la Bélgica, del Báltico y de la Sarmacia.

Abrazando de una sola ojeada la historia de las relaciones comerciales de la Europa, vemos que la antigüedad busca en el Asia los manantiales más ricos de oro, mientras que la edad media y los tres siglos posteriores los colocan en el Nuevo Continente. Pero actualmente y después del principio del siglo XIX, es todavía otra vez en el Asia, aunque en zonas distintas, donde brotan las fuentes más ricas de oro. Este cambio en el curso de la corriente, esta compensación que descubrimientos accidentales ofrecen en el Norte, cuando en el Sur parece que toca á su término la explotación del oro, llaman á un exámen serio y profundo fundado en datos numéricos, porque en economía política como en el estudio de los fenómenos de la naturaleza, los números son siempre el elemento más decisivo; son los últimos jueces, los jueces inflexibles de los problemas de la economía política, resueltos con tanta diversidad.

Las profundas investigaciones de Boetch

<sup>1</sup> Herod. III, 116.

<sup>1</sup> nos enseñan cómo se fué acumulando poco á poco el oro entre los helenos europeos cuando las guerras pérsicas y la expedición de Alejandro el Grande en la India destruyeron las barreras que cerraban el Oriente; cómo, en tiempo de Demóstenes por ejemplo, valían los metales preciosos casi cinco veces menos que en tiempo de Solon. Dirigiáse entónces la corriente de Oriente á Occidente, y fué tan grande la afluencia del oro, que mientras que en tiempo de Herodoto la relación del oro á la plata era como 1 : 13, se vió á la muerte de Alejandro, y cien años después todavía, como 1 : 10. <sup>2</sup>

Cuanto menos generales eran en el antiguo mundo las relaciones comerciales, mayores y muy repentinas debían ser las variaciones que el valor relativo del oro y de la plata debían tener. Así es como en Roma vemos que á consecuencia de la acumulación local de uno de esos metales preciosos, poco después de la conquista de Siracusa, la relación del oro á la plata fué como 1 : 17  $\frac{1}{2}$ ; mientras que bajo Julio César, cayó por algún tiempo hasta 1 : 8  $\frac{1}{4}$ . Cuanto más baja es la cantidad de un metal que exista en un país, mayor es la facilidad de producir en él enormes fluctuaciones, por medio de introducciones de fuera. El mundo actual, por la universalidad y prontitud de las relaciones, que son las que por todas partes extienden la uniformidad del nivel, y por la magnitud de las masas de oro y de plata ya existentes, tiende á establecer la estabilidad en el valor relativo de ambos metales. Después de

<sup>1</sup> Economía política de los atenienses, tomo I, página 6—31.

<sup>2</sup> Véase la sabia rectificación de las hipótesis monetarias de Garnier, por Letronne: *Consideraciones generales sobre la evaluación de las monedas griegas y romanas*, 1817, página 112.

las guerras de independencia en la América española, la producción metálica quedó reducida por algunos años á la tercera parte de lo que ántes producía en término medio, y sin embargo, no es esta la causa á que deben atribuirse las cortas oscilaciones que se advierten en diferentes puntos. Muy diverso es lo que sucede en la relación de la plata con otro metal de que hasta ahora solo se han extraído cortas cantidades, y que además se encuentra repartido con mucha desigualdad; nos referimos á la platina.

Ningun dato estadístico encontramos en los antiguos de algun resultado general que pueda compararse con lo que sabemos de la producción metálica de la totalidad de regiones enteras. No ministraba la administración política los registros que el complicado y utilizado sistema aduanero de los árabes, pueblo comerciante que todo lo calculaba é inscribía todo en forma de cuadros ó estados, comunicó en los siglos posteriores á los Estados de la Europa meridional y occidental. La aserción de Plinio (XII, 18), según la cual el comercio con la India, la Sérica y el Yemen, sacaba cada año del imperio romano cien millones de sextercios en metales preciosos, es decir, según Letronne, estimándolos con arreglo al valor que tenía la plata en aquella época, en un peso de 33,000 marcos de plata (la mitad solamente de lo que produce cada año la explotación de las minas argentíferas de Saxonia); este aserto es aislado y problemático.

Cuando se carece de resultados generales, muy importante sería la posesión de ejemplos numéricos de la riqueza monetaria parcial de algunos países mineros que pudiéramos comparar con los productos actuales de regiones célebres por sus minas, peso por peso en el sentido absoluto, sin

considerar el oro como la medida del valor de una cantidad determinada de cereales. Los tesoros que deja un soberano como fruto de una conquista, ó de largas exacciones, solo testifican lo que se ha encontrado acumulado en inmensas extensiones de países después del trascurso de una serie de siglos cuyo número nos es desconocido. Resultados de esta clase pueden compararse á los datos que aventuran algunos de nuestros estadistas sobre la masa de metales preciosos que posee un Estado ó un tiempo dado. Refiere Plinio (XXXIII, 15) que cuando Ciro acopió, á consecuencia de la conquista del Asia, 34,000 libras de oro, sin contar el que había convertido en vasos, esta cantidad iguala apenas, sin embargo, los frutos de una explotación de dos años de las minas del Ural. Por otra parte, apoyándose Apien en documentos, estima el tesoro de Ptolomeo Filadelfo en 740,000 talentos, es decir, en 1,017,000,000 de thalers, si se trata de talentos egipcios, ó 254,000,000 si los talentos de que se trata son los chicos de Ptolomeo. «Este aserto parece fabuloso, dice el célebre autor de la *Economie politique des athéniens*, pero no me atrevo á poner en duda la veracidad del historiador. En ese tesoro se encontraba una gran cantidad de piezas de plata y oro labradas. Los Estados de ese príncipe estaban completamente exhaustos; los impuestos y los tributos se arrancaban á mano armada por ávidos arrendatarios generales. Los productos solamente de la «Coeli-Siria, de la Fenicia, de la Judea y de la Samaría, fueron arrendados por la suma de 8,000 talentos por Ptolomeo «Evérgetes, y un judío se los compró dándole doble suma.» M. William Jacob, en una excelente obra publicada á instancias del ministro de Estado Hutkinson, bajo el

título de *Historical inquiry on precious metals*<sup>1</sup>, corrobora los asertos del gran filósofo alemán. La mas alta de las dos evaluaciones se acercaria á la cantidad de plata amonedada en circulacion actualmente en Francia y Bélgica; la segunda podria equipararse á poco mas ó ménos á la plata que en moneda circula en Inglaterra<sup>2</sup>.

Segun Strabon (XV, 781), Alejandro habia logrado reunir en Ecbatana 380,000 talentos.<sup>3</sup> Es preciso no olvidar que, miéntras que hoy los metales preciosos se hallan repartidos con mas igualdad en grandes extensiones de países y entre numerosas poblaciones, se hallaban entónces concentrados en un corto número de pun-

<sup>1</sup> Historical inquiry on precious metals, tomo I, página 23.

<sup>2</sup> Segun las investigaciones de M. Michel Chevalier [Lettres sur l'Amérique du Nord, tomo I, página 394], la moneda en circulacion en Francia está calculada en 3,000,000,000; en Inglaterra, en 1,000,000,000 de francos; Necker hace subir la circulacion de la Francia hasta 2,200,000,000 de francos; Adam Smith la de la Gran Bretaña á 30 millones de libras esterlinas únicamente. Solo habria en circulacion en los Estados prusianos, segun Hoffmann, de 90 á 120 millones de thalers. La plata acuñada en Prusia desde 1764 á 1836 en toda clase de moneda, incluidas las especies de un quinceavo de thaler, ascienden á 182,856,020 thalers, aun suprimiendo lo que ha sido recogido en ese período por la administracion misma de la moneda [Die Lehre vom Gelde, 1838, página 171]. La comparacion entre tan grandes sumas es la única que puede arrojar alguna luz sobre los datos que nos ha conservado la antigüedad.

<sup>3</sup> El tesoro que dejó Ciro era casi tres veces mayor. Plinio [XXX, 3] lo considera como de 500,000 talentos en oro y plata. De que este tesoro haya disminuido considerablemente despues de la muerte de Ciro, concluye Sainte Croix (Examen critique des historiens d'Alexandre, página 429) de este hecho, que todos los metales preciosos que pudo recoger el Macedonio en Persia solo ascendian á 330,000 talentos. Sobre la concentracion, casi sin ejemplo, de los metales preciosos en Italia, bajo los Césares, vease á Letronne, *Evaluation des monnaies grecques et romaines*, página 121.

tos de la tierra y en los tesoros de los soberanos.

No hay duda que la gran cantidad de oro que reflua hácia el Occidente no viniere del Asia interior, del Nor-Nor-Este de Ladakh, de la parte superior del valle de Oxus<sup>1</sup> (entre el Hindu Khu y las alturas de Pamez, sobre el declive occidental del Bolor), de la Bactriana y de las Satrapías orientales del imperio pérsico; pero es mas fácil determinar la direccion de la corriente aurífera que la situacion particular de las diferentes fuentes y de su riqueza relativa. El lugar en que tuvo origen la fábula mitológica de las hornigas que buscan el oro, vulgarizada entre los montañeses de Derden, debia hallarse apartado de los Grifos de los Arimaspes. Parece que esta fábula pertenece á la mesa de Kaschgar y de Askou, entre las cordilleras paralelas de las montañas celestes y del Konenloun, donde el rio Tarim confluye con el Lop. Volveremos á ocuparnos de los Arimaspes, que habitan mucho mas al Norte, cuando hablemos de las grandes masas de oro que se encuentran en el Ural inmediatamente debajo del césped. La fama de las riquezas de la India resonó hasta en la Persia, para dar lugar las mas veces á malas interpretaciones. *Ctesias*<sup>2</sup>, de la familia de los Asclepiades, médico particular del rey Artaxérxes Mnemon, describe, casi sin tener él mismo conciencia de lo que asienta, bajo la imágen de un manantial de oro, una hornilla de la que el metal convertido en fluido se va escurriendo dentro de vasos [formas de barro]. Mas cerca de los griegos se hallaban la Lidia junto á los rios

<sup>1</sup> Burnes, *Travels into Bokhara*, tomo II, página 285.

<sup>2</sup> *Oper. reliqu.* ed. Baehr. ind. capitulo IV, páginas 248 y 271.

que salen del Tmolus, la Frigia y la Colquide, países ricos en oro. La naturaleza de las capas de arena aurífera que con tanta facilidad se agotan, hace comprender al minero experimentado cómo se verifica que algunos de esos países han aparecido desprovistos de oro á los viajeros exploradores cuando han sido visitados de nuevo. Si se visitasen hoy las barrancas y los valles de las islas de Cuba y Santo Domingo, ó la costa de Veragua, con cuánta facilidad no nos veriamos inducidos á dudar de la riqueza de la explotacion de esos mismos países á fines del siglo XV, sin los testimonios históricos que poseemos! La explotacion propiamente llamada subterránea, obrando sobre vetas auríferas, duramas largo tiempo cuando ninguna circunstancia exterior concurre á turbarla. Precisamente porque no se conoce á primera vista la situacion total, supuesto que la mina no se descubre sino á medida que adelanta la explotacion, se ofrece á la actividad humana un pábulo mas duradero. Por el contrario, los bancos de aluvion que contienen oro se ven registrados en todas direcciones y despojados con increíble prontitud de las riquezas que contenian. ¡Cuán pocos de los cuarenta placeres en que el oro se obtenia por medio del lavado, descritos con tanto cuidado por Strabon, podrian reconocerse hoy todavía! Esta observacion, fundada sobre analogías positivas y sobre pruebas de la ciencia minera, debia encontrar con tanta mas razon un lugar aquí, cuanto un vano excepticismo se complace en alterar las tradiciones de la antigüedad.

La parte de Europa conocida por los helenos era, bajo el aspecto de la riqueza metálica, tan atrasada comparativamente al Asia, como mas tarde lo ha sido la Europa entera respecto del Nuevo-Mundo. Esta

última referencia,<sup>1</sup> á saber la potencia de produccion relativa de la de Europa y de la América era, al principio del siglo XIX, cuando las minas de las colonias españolas se explotaban con una actividad que no ha podido igualarse en ninguna otra época, como 1:13 para el oro, y como 1:15 para la plata. Presumo aún que en el período de Alejandro y de los Ptolomeos, la relacion se habria encontrado, sobre todo en lo respectivo á la explotacion del oro, todavía ménos favorable á la Europa si pudiéramos procurarnos los correspondientes datos estadísticos. La Grecia misma, es verdad, al lado de sus minas de plata de Laurium, desde luego muy productivas, poseía un manantial de oro bastante considerable en las minas de la Tesalia, en los montes Pangeos, cerca de las fronteras de Macedonia y de Tracia, y en las de los primeros establecimientos de los Fenicios,<sup>2</sup> situados en frente de la isla de Thasos. Tampoco fué la Iberia un país de plata tan solo para los fenicios y los cartagineses. Tartesus y Ofir [siendo éste último país ó la Arabia<sup>3</sup> ó la costa oriental del Africa, ó bien como lo pretende Heeren, una denominacion general para designar de una manera indeterminada los ricos países del Sur], Tarsesus y Ofir eran

<sup>1</sup> Los fundamentos de esta apreciacion pueden verse en el capítulo 11º de mi «Ensayo político sobre el reino de Nueva-España», t. III, pág. 400.—La explotacion relativa del oro era entónces 1,300 kil. y 17,300 kil. La explotacion relativa de la plata era 52,700 kil. y 795,600 kil.

<sup>2</sup> Ofr. Muller «Histoire des tribus helléniques», t. I, pág. 115. «Mine de l'or près de Skapte Hyle.» «Boekh, corp. inscript.» t. I, p. 219.

<sup>3</sup> Vease sobre una materia tratada con tanta frecuencia, una produccion redactada con una crítica filológica notable del doctor Keil á Dorpat: *de la navegacion vers Ophir et Tarsis*, 1834, p. 61, 70.

el doble objeto de la flota reunida de Salomon y de Hiram. Aunque en medio de todas las riquezas de la España, la plata de la Bética y del distrito de Cartagena, ciudad fundada por Amilcar Barba, haya permanecido largo tiempo siendo el objeto principal del comercio exterior, hacia sin embargo no pocos años en que la Galicia, la Lusitania y particularmente las Asturias suministraban 20,000 libras de oro, <sup>1</sup> es decir, tanto casi como el Brasil en la época mas floreciente de su explotación. Nada extraño es, por consiguiente, si la Península Ibérica, visitada con oportunidad, adquirió entre los fenicios y los cartagineses la reputación de ser El Dorado occidental. Es fuera de toda duda que en muchos lugares que solo demuestran hoy ligeros rastros metálicos, se vió en otros tiempos el suelo primitivo, muy cerca de la superficie, cubierto de capas de arenas auríferas y salpicado de fragmentos de mina de oro contenidos en un mineral sólido y macizo. La importancia local de esas minas de la Europa meridional es incontestable, pero su producción metálica era corta comparada á la de la Asia. Esta última parte del mundo continuó siendo por largo tiempo la fuente principal de los metales preciosos, y la dirección <sup>2</sup> de la corriente que surtía de oro á la Europa no podía ser otra que del Este al Oeste.

Y aun el Asia misma en la edad media, esparcida por algunos viajeros la noticia de la existencia de inmensas riquezas en

<sup>1</sup> Boekh, *Economie politique*, tom. I, p. 15. El puerto de Cartago contiene arenas de oro que arroja el mar Mediterráneo entre el río Miliana y el cabo Sidi-Bou-Said. Los habitantes, pertenecientes á la clase pobre, sacan aún ahora provecho de esas arenas de oro. Dureau de la Malle, *Recherches sur la topographie de Cartage*, 1835, p. 251.

<sup>2</sup> Letronne, p. 105 y 123.

Zipango [Japon] y en el archipiélago meridional, produjo un cambio repentino en la dirección de esa corriente metálica. La América fué descubierta, no como se ha dicho sin razón en muy largo tiempo, porque Colon hubiera presentado la existencia de otro Continente, sino porque buscaba por el Occidente un camino mas corto hácia Zipango, tan rico de oro, y hácia los países de las especias, al Sud-Este del Asia. El mayor error geográfico [la idea de la proximidad de la España y de la India] condujo al mayor descubrimiento en geografía. Cristóbal Colon y Américo Vesputche murieron ambos con la firme convicción de haber tocado al Asia oriental [la India de las orillas del Ganges, la península en que se encuentra Cartigara]; esta es la razón porque no podía elevarse entre ellos contestación alguna sobre la gloria del descubrimiento de un nuevo Continente.

A su llegada á Cuba, Colon quiso presentar al gran Khan del Mogol las cartas de su soberano. Se creyó en el Mangi, la parte meridional del Cathay (China): busca á Quinsay, la ciudad celeste descrita por Marco Polo, hoy Hang-tchen-Fou. «La Isla Española (Haíti) escribe Colon al Papa Alejandro VI, <sup>1</sup> es Tarsis, Offir y

<sup>1</sup> Carta del mes de Setiembre de 1502, sacada del archivo del duque de Veraguas. El tercer viaje en el que fué descubierto el Continente meridional de la América en 1.º de Agosto de 1498 (trece meses despues del descubrimiento del Continente septentrional, por Sebastian Cabal) y el cuarto viaje que dió las primeras nociones relativas á una costa occidental del nuevo país, no hicieron mas que confirmar al viejo almirante en la opinión que se habia formado anticipadamente. No es por una consecuencia de confusión de ideas que, en su carta al papa y de conformidad con la inclinación que tenia de mostrar cierta erudición bfblica, representó los nombres de Tarsis, Offir y Zipango, como sinónimos de Santo Domingo; mas esto procede como se ve en otros es-

Zipango. En mi segundo viaje he descubierto 1,400 islas y un terreno de 333 millas perteneciente á la tierra firme de Asia.» Este Zipango indo-occidental, producía pepitas de oro de 8, 10 y hasta 20 libras.

Nuevamente descubierta la América, fué ya desde luego la fuente de los metales preciosos. La nueva corriente se dirigió del Occidente al Oriente; hizo mas, atravesó la Europa, porque á consecuencia del desarrollo del comercio despues que los navegantes dieron vuelta al Africa, fué preciso dar al Asia meridional y oriental un equivalente mas considerable en cambio de las especias, de la seda y de los ingredientes colorantes.

La América, ántes del descubrimiento de las minas de Tasco en el declive occidental de las cordilleras mexicanas (1522) solo suministraba oro, por lo que la reina Isabel de Castilla se vió precisada en 1497, á modificar considerablemente la relación legal de ambos metales preciosos. El edicto monetario de Medina, <sup>1</sup> cuya fecha es tan apartada de nosotros y al que hasta ahora se daba tan poca importancia, no

había sido sino el resultado de las ideas sistemáticas. Consideraba, no precisamente la India, pero sí el Japon (Zipango) como el Offir de Salomon, que denominaba tambien algunas veces *Sopora* (segun las fórmulas empleadas por José de Sopheira y Sopheira). Consideraba á Tarsis [Tarschieh] no como el Tartesus Ibérico, pero segun los Setenta y otros teólogos de la edad media, como un nombre común. La navegación de Salomon no era á sus ojos una navegación doble teniendo para punto de partida el mar Rojo y el Mediterráneo. Para él no podía tener otro punto de partida que el Aziongaber. Colon conocía el Quinsay por una carta de Toscanelli, y no por Marco-Polo, que no lo menciona jamas, aunque se haya sostenido lo contrario hasta ahora.

<sup>1</sup> *Memorias de la Real Academia de la Historia*, t. VI, p. 525. El edicto de Medina cambió la antigua relación legal 1:10,7.

puede explicarse mas que por esta circunstancia y por la acumulación del oro en un reducido número de puntos de Europa. He procurado en otra parte demostrar que desde 1492 hasta 1500, toda la cantidad de oro sacada de los puntos del Nuevo-Mundo entónces descubiertos, se elevaba apenas en este año por término medio á 2,000 marcos. El papa Alejandro VI, que se imaginaba haber concedido á los españoles una mitad del globo, recibió de Fernando el Católico como muestra de reconocimiento, un regalo de unos cuantos tejuelos de oro procedente de Haíti, «como primicias de los frutos del país nuevamente descubierto,» para dorar la magnífica cúpula de la basílica de Santa María la Mayor. Una inscripción hace mención del metal, [*quod primo catholici reges ex India receperant*]. Tan grande era entónces la actividad del gobierno español, que ya en 1495, como lo demuestra el historiador Muñoz, un minero, Pablo Belvis, fué enviado á Haíti con una provision de azogue para acelerar el lavado del oro por medio de la amalgamación. Lo muy sorprendente es lo que se lee en una parte de la Geografía del sherif Edrisi <sup>1</sup> recientemente hallada y publicada hace poco tiempo; «que los negros del interior del Africa occidental, así como los habitantes de la tierra baja y fértil llamada Wadi el Ataki [entre la Abisinia, Badja y la Nubia] extraían la arena de oro por medio del azogue. El geógrafo Nubio, á mediados del siglo XII, habla de ese medio de extracción como de una cosa conocida desde mucho tiempo. ¿Este conocimiento no se co-

<sup>1</sup> Vease la traducción francesa de Amadeo Jaubert [Paris, 1836], t. I, p. 42 y 67. Faltan dos páginas en el manuscrito que sirvió de base para la traducción latina de Sionita.